

Soy yo, no el cáncer

I Am Not Cancer

Ramon Bayés

Recibido: 05/02/2015

Aceptado: 09/03/2015

Resumen

El artículo trata de delimitar, definir y valorar conceptos tan utilizados y controvertidos como persona, sufrimiento, dignidad y conciencia, planteando un debate sobre ellos desde el punto de vista de diferentes especialistas y del propio autor. Se sugiere la oportunidad de ampliar dichos conceptos a especies no humanas.

Palabras clave: Persona. Dignidad. Sufrimiento. Conciencia.

Summary

The article tries to delimit, define and evaluate concepts as used and controversial as person, suffering, dignity and consciousness, raising a debate about them from the point of view of different specialists and the author himself. It is suggested that the opportunity to extend these concepts to non-human species.

Key words: Person. Dignity. Suffering. Consciousness.

“No somos hijos de los dioses. Somos primos de los chimpancés”

Jesús Mosterín

Profesor emérito de la Universitat Autònoma de Barcelona

Correspondencia: Ramon Bayés Sopena

Alfons XII, 32, àtic 1^a

08006 Barcelona

ramon.bayes@uab.cat

Esta mañana, al navegar sin rumbo por Internet, el titular “Soy yo, no el cáncer” (Revista Rose, 2014), que ha aparecido en la pantalla de mi ordenador, ha llamado poderosamente mi atención al recordarme otros momentos de mi vida en los que frases similares me han conducido a cuestionar el problema de mi identidad. Decía el malogrado director de cine François Truffaut: “No me gustan los paisajes ni las cosas, quiero a las personas, me atrae el interés por las ideas, por los sentimientos”. Siguiendo los pasos de Jenny Moix (2014) en una nueva sección de esta misma revista, me dispongo a interesarme por los míos.

Hace muchos años conocí personalmente a Lanza del Vasto, un discípulo de Gandhi que había participado en huelgas de hambre de varias semanas en el curso de campañas de no violencia y, al preguntarle como resistía su cuerpo tanto tiempo sin alimento, me dijo: «Es fundamental perseverar a lo largo del ayuno en una idea clave: “Yo no soy mi cuerpo”».

Recientemente, me sorprendió en un libro sobre cuidados paliativos (Gómez, 2014) la expresión apasionada que un enfermo con cáncer de lengua dirigía al médico que lo atendía: “¡Yo soy mucho más que mi enfermedad!, no me reduzca a un diagnóstico”.

Anatole Broyard (1992), un crítico del New York Times enfermo también de cáncer, ha escrito: “Tal como encarga unos análisis de sangre y un escáner de mi estructura ósea, me gustaría que el médico me escanease a mí, que me palpase el espíritu además de la próstata. Sin este reconocimiento, no soy más que mi enfermedad”.

“Soy yo, no el cáncer” para mí representa en este preciso momento mucho más que el título de un proyecto cuyo objetivo específico es mejorar la comprensión y la terapéutica del impacto y consecuencias de un diagnóstico de cáncer de mama avanzado. Situado, junto al lema principal de la campaña europea “Yo, aquí y ahora” (Novartis Oncology, 2004) parece apuntar a una realidad esencial del ser humano (Kabat-Zinn, 1990). O incluso, yendo todavía un poco más lejos, a la de todo ser vivo, ya que, como señala Sebastiao Salgado (2014) tras dedicar gran parte de su vida a fotografiar maravillosos rincones del Planeta, del Ártico a la Amazonia, con un respeto extremo por los seres que lo habitan, comenta: “Descubrí que me habían con-

tado una mentira durante toda mi vida, diciéndome que somos la única especie racional. En realidad, todas las especies tienen su propia racionalidad”. Palabras que, a su vez, me han hecho revivir mis antiguas incursiones en los laboratorios de la universidad, junto al microbiólogo y amigo Ricard Guerrero, en el mundo del aprendizaje de las bacterias (Bayés, 1989); y a las palabras de Koshland (1977), cuando escribe que se observan en estos diminutos seres, fenómenos que en organismos considerados “superiores” serían descritos como “juicio, memoria, elección, adaptación y discriminación”. En otras palabras, no estoy tan seguro como parece indicar el título del artículo de Moix (2014) que, de una manera diferente e incomprensible para los humanos, un conejo no sepa que él es un algo vivo al que nosotros llamamos conejo.

De vuelta al tema con el que he iniciado el artículo, Vicenta Almonacid, psicóloga clínica con amplia experiencia en oncología, comenta (Revista Rose, 2014): “el diagnóstico de cáncer de mama avanzado se diferencia de otras fases de la enfermedad en que la paciente se enfrenta a una dolencia sin posibilidad de curación... Se trata de un proceso complejo, difícil de asimilar y por otra parte mucho más desconocido que el diagnóstico de cáncer de mama localizado, en el que muchas mujeres parten de la premisa de que «se puede curar»”.

La campaña “Yo, aquí y ahora” (Novartis Oncology, 2014) presenta los testimonios de diferentes mujeres con cáncer de mama avanzado para mostrar sus estrategias individualizadas de afrontamiento de la enfermedad. A pesar de la relevancia de este enfoque para los profesionales oncológicos, enfermas y familiares, y de mi interés por el tema, sin embargo, esta mañana, no es el cáncer ni las estrategias de las enfermas lo que ha atraído mi atención, sino la palabra “Yo”, la cual abre de nuevo un antiguo camino que nunca he llegado, ni posiblemente llegaré, a recorrer por completo: ¿qué es una persona? ¿cómo definir este “Yo”, cada “yo”, tenga cáncer o no?

Tal vez si consiguiéramos responder satisfactoriamente esta pregunta, podríamos aprender algo más de nuestro ser en el mundo, tanto si somos enfermos, cuidadores, profesionales sanitarios o simples seres humanos que, una vez hecha su aparición en la Tierra, se limitan a pasar por la vida,

con cáncer o sin él, e intentan en algún momento entender algo de una verdad que, probablemente, solo sea posible alcanzar en instantes privilegiados de epifanía, usando la terminología de James Joyce o Virginia Woolf. La vida, para el hombre, pero también para la mariposa, para el ciervo y para la rosa, es solo un regalo efímero en un mundo bello y cruel regido, en gran medida, por las leyes de la supervivencia del más apto y, dentro de la sociedad humana occidental actual, por el capitalismo salvaje que sigue las directrices económicas de Milton Freeman y la Escuela de Chicago.

“El hambre no existe fuera de las personas que la sufren –escribe, por su parte, Caparrós (2015) refiriéndose al contenido de su libro *“El hambre”– El tema no es el hambre, son las personas*”. Las personas individuales, no los grupos. Y, por cierto, una cabra o una planta –sea carnívora o no– pueden también sentir y morir de hambre.

Quizás no haya mucho más por descubrir después de Darwin y los grandes pensadores y artistas de todas las culturas; tal vez no importe de quién proceda el regalo de la vida, ni siquiera de que exista algún ser que se dedique a dar y quitar regalos u observar desde su misterioso rincón silencioso cómo los regalos aparecen o desaparecen en la vida de los seres vivos. Tal vez, la única pregunta sin respuesta sea la que le plantea una niña de 12 años al Papa Francisco en una multitudinaria concentración católica en Filipinas: *“Muchos niños son abandonados por sus padres. Muchos de ellos acababan siendo víctimas y les han pasado cosas malas, como adicción a las drogas o prostitución. ¿Por qué Dios permite esto, incluso si los niños no tienen culpa?”* (Reuters, 2015), la cual nos conduce directamente a Dostoyevski cuando concluye que el sufrimiento de los niños es lo que nos impide tener fe en la existencia de Dios (Djermanovic, 2006).

Nadie vive para siempre, nadie ha vivido en un pasado ni en un futuro. Solo podemos en algunos casos retrasar la muerte; nunca eliminarla. La muerte forma parte de la vida. Somos seres en el tiempo que tienen su oportunidad aquí y ahora, individuos, únicos, irrepetibles y cambiantes, Yoes susceptibles de padecer, deprimirse y alegrarse, confortar a los demás, y paradójicamente, también hacerles sufrir e incluso disfrutar con la violencia y el padecimiento de otros miembros de su propia es-

pecie; de continuar aprendiendo siempre mientras viven, construyendo, lamentándose o destruyendo, contando siempre con un proyecto de esperanza en la mochila –incluso el del suicidio– aunque, a veces, el mismo se trunque para ellos de forma súbita e inesperada.

A algunos, quizás a muchos de nosotros nos importa cada persona, cada yo, como sugiere la campaña del cáncer antes mencionada. Otros, en cambio, parecen priorizar los valores y el entorno emocional generados por su grupo, olvidando que los que piensan, los que sienten, los que viven, los que sufren, es cada uno de los seres humanos que los constituyen. *“Yo no quiero a los pueblos, amo a mis amigos”* expresa, en mi opinión con aguda claridad, la judía Hannah Arendt, a través de una excelente película en la que prioriza su pensamiento crítico individual a una supuesta y esperada lealtad de su persona a la causa sionista (Margarethe von Trotta, 2012).

Personalmente me siento en la penumbra, casi a oscuras; en este momento soy solo un ser humano confuso que se hace preguntas y se expone al formularlas en el presente artículo. No pretendo intervenir en el debate que expertos en bioética, como Peter Singer (1999) o Adela Cortina (2009) entre otros, han abierto a un nivel excesivamente elevado para mí; solo deseo, al escribir, aclarar un poco mis propias ideas.

Tal vez la primera vez que inicié conscientemente este camino de búsqueda fue cuando hace años, en la década de los ochenta, en unas *Jornadas* sobre cáncer de mama, una compañera de mesa redonda, la oncóloga Carmen Alonso, citó las palabras de Eric Cassell (1982) *“Los que sufren no son los cuerpos, son las personas”*, las cuales –como el sorprendente e inesperado mandato explícito de Francesc Gomà en otro privilegiado momento de mi vida: *“Tu misión en esta vida es dar clases en la universidad”* (Bayés, 2009a)– cambiaron el curso de la misma.

“Los que sufren no son los cuerpos, son las personas” me tranquilizó e interrumpió temporalmente mi búsqueda, pero al transcurrir los días, *“¿Qué es una persona?”* apareció otra vez en mi cielo vacío y únicamente la lectura casual de un texto de Gilbert Ryle (1949) me ayudó a dar un nuevo paso en la resolución del enigma. La persona, mientras vive, es, esencialmente, una bio-

grafía en curso, impredecible y cambiante. La persona, como cualquier otro ser, animal o vegetal, es única e irremplazable. No tiene *res extensa*. La persona es un *viaje*. No pueden existir dos viajes iguales. Ni en los seres humanos ni en los demás seres. Ni siquiera en las montañas, los ríos o las puestas de sol que amamos un día en nuestra juventud. Es imposible.

Begoña Román (2014), una brillante filósofa actual, ha definido a la persona humana como sigue: “*la persona es un ser único (no hay dos exactamente iguales), complejo (con varias dimensiones, la biológica, la social, la psicológica, la espiritual), dinámico (porque es en el tiempo, tiene y hace historia), en relación (intra, inter y transpersonal) y con anhelo de plenitud (en busca de sentido, como afirma Frankl)*”.

Es, a mi juicio, una excelente definición que incluye muchas facetas importantes de la persona, pero ¿es suficiente?, ¿es completa? ¿es excesiva? ¿No podríamos escapar de una visión antropocéntrica y sintetizar diciendo que una persona es simplemente el viaje irrepetible de un ser vivo en búsqueda, ansiosa, indiferente o tranquila, de su plenitud? Y que son los individuos –cada individuo único, distinto y cambiante– los únicos que son susceptibles de alcanzarla? Escribe, por ejemplo, Mosterín (Sampedro, 2006): “*Las naciones no existen. Existen los territorios y las poblaciones de distintas especies que viven en ellos, incluida la especie humana...*”.

Las especies animales no humanas, probablemente también poseen grados diversos de autoconsciencia (Pérez Acosta *et al.*, 2001). Y, por tanto, se puede postular que cada uno de sus miembros podría, debería, ser considerado, en algunos aspectos –como mínimo, en lo que se refiere al dolor y el sufrimiento– persona (*The Cambridge Declaration on Consciousness*, 2012) que merece respeto y que en ningún momento debería ser objeto de indiferencia, tortura o crueldad. E incluso, si nos atreviéramos a ir un poco más allá, siguiendo a Jagdish Chandra Bose (1858-1937), tendríamos que incluir también como seres dignos de respeto a los individuos del mundo vegetal, los cuales, a pesar de no poseer neuronas, pueden, hipotéticamente, ser seres susceptibles de padecer algún tipo de dolor y sufrimiento. ¿Cómo sabemos si el rosal sufre cuando cortamos una rosa o el olivo cen-

tenario cuando es arrancado para que adorne la entrada de una entidad bancaria?

En resumen, en este momento –tal vez de exceso o desvarío– encuentro a faltar en la definición de Begoña Román dos cosas: la relación del ser humano con su entorno no vivo y la posible dimensión autoconsciente, en una medida y forma desconocidas, de cada uno de los seres vivos de las especies no humanas que interactúan con él o entre ellas.

Kant, sin duda un gigante del pensamiento, nos ha legado que “*el hombre tiene dignidad y no solo precio*”, lo cual –como subraya Diego Gracia (2013)– “*es algo que suele olvidarse con inusitada frecuencia en los debates, en los que se opone, sistemáticamente dignidad a precio. El ser humano tiene precio. Lo que sucede es que no solo tiene precio sino dignidad. Cabría ir algo más allá de Kant y preguntarse si a los seres de la naturaleza no les sucederá algo hasta cierto punto similar, de modo que tengan precio, pero no solo precio sino también dignidad, bien que de una forma cualitativamente distinta a la del ser humano. Solo así se explica que aquello a lo que el desarrollo de la dignidad ha dado lugar, los derechos humanos, se haya acabado aplicando también a los animales y a la naturaleza como un todo*”. En esta línea me atrevo a sugerir que el término “dignidad” comporta un estimable grado de ambigüedad (De Sousa, 2002; Hottois, 2011) y que, en el lenguaje cotidiano y bioético así como en la práctica clínica –tal vez no en el plano político donde ha mostrado una notable utilidad para combatir el sufrimiento desde las Constituciones de muchos países– podría sustituirse, sin disminuir su innegable valor positivo, simplemente por “respeto” (Bayés, 2009b), lo cual podría facilitar ampliar su ámbito de aplicación a los miembros individuales de las demás especies.

Decía Jeremy Bentham (1781) que “*un caballo o un perro adultos son, más allá de toda comparación, animales más racionales, así como también con mayor capacidad de comunicación, que un niño de un día, de una semana o, incluso, de un mes. Pero supongamos que esto no fuera así: ¿de qué serviría? El asunto no es ¿pueden razonar? Ni, tampoco, ¿pueden hablar? Sino, ¿pueden sufrir?*”.

En resumen, aun a riesgo de meterme en terrenos intelectualmente pantanosos, creo que tenemos

una obligación moral hacia cada uno de los individuos de nuestro entorno, humanos o no, ya que podemos influir en su desarrollo, plenitud y sufrimiento. Creo –otros defienden lo contrario– que no somos reyes absolutos en un mundo que está a nuestro servicio.

Una excelente película polaca reciente (Pieprzyc, 2013) que describe el transcurso de una vida familiar durante treinta años, desde la óptica de un paralítico cerebral incapaz para comunicarse con los demás humanos pero capaz de razonar, muestra el daño o confort que podemos administrar sin apenas darnos cuenta a los individuos con los que no tenemos canales de comunicación abiertos. ¿Qué podemos saber del sufrimiento de los bebés, los moribundos, los discapacitados, los enfermos de Alzheimer, los delfines o las begonias? Como señala Jenny Moix (2014) más allá del título de su artículo: *“Pensamos que es nuestra lógica la que toma las decisiones, cuando quizás nuestra lógica se limita a justificar nuestros actos. Nos hemos olvidado de que somos animales, vamos de racionales y quizás algún día nos daremos cuenta de que estamos haciendo el ridículo”*.

¿Somos los seres humanos la única conciencia de la Tierra? Aunque últimamente empece- mos a profundizar en el campo de la espiritualidad compasiva hacia los enfermos que mueren en las unidades de cuidados paliativos o cuya vida trans- corre anónima en hogares olvidados o centros es- peciales y es, sin duda un gran avance en la histo- ria de la atención humanitaria, en mi opinión, en muchos otros aspectos que se consideran normali- zados en el seno de culturas muy diversas (desde la situación de los “intocables” de la India a las co- rridas de toros, las granjas industriales de gallinas po- nedoras o la confección de ramos de flores para que luzca la novia) actuamos con indiferencia o distan- ciamiento ante la posible sensibilidad de los demás seres vivos que utilizamos en nuestro beneficio; sin tener en cuenta en alguna medida, aunque sea pequeña, su posibilidad de autoconciencia, tratán- dolos como simples armarios. Nos sentimos reyes absolutos del mundo y nos llenamos la boca con la importancia de la dignidad humana. Pero ¿hasta qué punto lo somos realmente?

No podemos continuar mirando hacia otro la- do. Según hacia donde dirijamos la vista encon- traremos, como Sebastian Salgado (2014), la belleza

y armonía del cosmos pero, casi al lado, nos vere- mos obligados a confrontar Auschwitz, Hiroshi- ma, las purgas de Stalin, el genocidio de Ruanda, los niños que mueren de hambre y enfermedad, y, tal vez menos olvidadas de lo que pensamos, las grandes matanzas de búfalos en los antiguos terri- torios indios, el abandono de mascotas, las luchas de perros, la contaminación de los ríos, la extermi- nación sistemática de peces en todos los mares de la Tierra, la deforestación de la Amazonia. ¡Cuán- tos “yoes” muertos, torturados, destruidos! ¡Cuán- to sufrimiento ignorado, tolerado, desconocido!

Peter Singer (1999) nos recuerda que la tala de bosques proporciona madera y trabajo, pero –in- cluso si no queremos tomar en consideración el sufrimiento del árbol– al coste de influir negati- vamente en el cambio climático, disminuir la cali- dad del agua, impedir la vida de los animales que precisan del bosque para desarrollarse, y negando a los miembros de las generaciones humanas fu- turas el inmenso placer de andar algún día por sus senderos y contemplar en toda su belleza, aunque sea por una breve primavera, como florece la vida.

Y seguimos preguntando: ¿Qué sentido tiene la existencia? Creo que me iré de esta vida sin ha- ber entendido gran cosa de ella. ¡Cuánto silencio!

Me gustaría morir sintiéndome parte de un vín- culo afectivo con los entornos y seres con los que comparto y he compartido la vida, de un todo soli- dario que no he sabido percibir y que no he lle- gado siquiera a descubrir. Creo que para eso, para fortalecer este vínculo y para intentar erradicar la violencia, la superioridad y el miedo de todos y ca- da uno de los individuos vivos, debería servir la in- teligencia humana.

Ramon Bayés

6 de febrero de 2015

BIBLIOGRAFÍA

1. **Bayés, R.** (1989). Aprendizaje en los sistemas biológicos de respuesta. En R. Bayés y J.L. Pi- nillos (Eds.) Aprendizaje y condicionamiento (pp. 447-475). Madrid: Alhambra.
2. **Bayés, R.** (2009a). Sobre la felicidad y el su- frimiento. Quaderns de psicologia 11,1/2, 11-16. Disponible el 11/1/15 en <http://www.quaderns-depsicologia.cat/article/view/508>.
3. **Bayés, R.** (2009b). Sobre los usos del término

- “dignidad”. *Medicina Paliativa*, 16 (4): 199-200.
4. **Bentham, J.** (1781), *The Principles of Moral and Legislation*. Cfr. Francione J.L. *El error de Bentham* (y Singer), *Teorema* XVIII/3, 39-60.
 5. **Bose, J. Ch.** (1848-1937). Disponible el 18/1/15 en: http://en.wikipedia.org/wiki/Jagadish_Chandra_Bose.
 6. **Broyard, A.** (1992). *Intoxicated by my illness*. Nueva York: Random House. Traducción: *Ebrio de enfermedad*. Segovia: La Uña Rota, 2013.
 7. **Caparrós, M.** (2015). *El hambre*. Barcelona: Anagrama.
 8. **Cassell, E.J.** (1982). The nature of suffering and the goals of medicine. *The New England Journal of Medicine*, 306: 639-45.
 9. **Cortina, A.** (2009). *Las fronteras de la persona. El valor de los animales, la dignidad de los humanos*. Madrid: Taurus.
 10. **De Sousa Santos, B.** (2002). Hacia una concepción multicultural de los derechos humanos. *El Otro Derecho*, nº 28. Disponible el 2/2/15 en: https://www.google.es/#q=http:%2F%2Fwww.uba.ar%2Farchivos_ddhh%2Fimage%2FSousa%2520-%2520Concepci%25C3%25B3n%2520multicultural%2520de%2520DDHH.pdf.
 11. **Djermanovic, T.** (2006). *Dostoyevski entre Rusia y Occidente*. Barcelona: Herder.
 12. **Gómez, J.** (2014). *La hora de la verdad: Los asuntos que no debes dejar pendientes*. Barcelona: Plataforma.
 13. **Gracia, D.** (2013). *La construcción de valores*. Madrid: Triacastela.
 14. **Hottois, G.** (2011). ¿Qué papel tiene el principio de dignidad en la toma de decisiones?. En M. Boladeras (Ed.) *Bioética: la toma de decisiones* (pag. 17-48). Barcelona: Proteus.
 15. **Kabat-Zinn, J.** (1990). *Full catastrophe living*. Nueva York: Random House. Traducción: *Vivir con plenitud las crisis* (2ª ed.). Barcelona: Kairós, 2006.
 16. **Koshland, D.E.** (1977). A response regulator model in a simple sensory system. *Science*, 196: 1055-63.
 17. **Margarethe von Trotta** (2012). Hannah Arendt. Disponible la referencia completa el 4/2/15 en: <http://www.filmaffinity.com/es/film183601.html>.
 18. **Moix, J.** (2014). ¿Por qué mi conejo no sabe que es un conejo y yo creo que sé quién soy?: La conciencia. *Cuadernos de Medicina Psicosomática y Psiquiatría de Enlace*, 27 (112): 28-37.
 19. **Novartis Oncology** (2014) *The invisible woman*. Disponible el 9/1/15 en <http://wearehereandnow.com/files/here-and-now-report.pdf>.
 20. **Pieprzyca, M.** (2013). *Chce sie zyc* (Life feels good). Disponible la referencia completa el 17/1/15 en: <http://www.filmaffinity.com/es/film152494.html>.
 21. **Reuters** (2015). La pregunta que el Papa Francisco no pudo responder. <http://www.elpais.com.uy/mundo/pregunta-que-papa-francisco-no.html>.
 22. **Revista Rose**. “Soy yo, no el cáncer” (2014). Disponible el 9/1/15 en: <http://revistarose.es/soy-yo-el-cancer/#>.
 23. **Román, B.** (2014). Persona como ser en relación. En Benito, E., Barbero, J y Dones, M. (Eds) *Espiritualidad en clínica. Una propuesta de evaluación y acompañamiento espiritual en cuidados paliativos* (pag. 21-27). Madrid: SECPAL.
 24. **Ryle, G.** (1949). *The concept of mind*. Nueva York: Barnes & Noble. Traducción: *El concepto de lo mental*. Buenos Aires: Paidós.
 25. **Salgado, S.** (2014). *De mi tierra a la Tierra*. Madrid: La Fábrica.
 26. **Sampedro, J** (2006). La apuesta por el individuo. *El País*, 5 de Marzo. Disponible el 17/1/15 en http://elpais.com/diario/2006/03/05/eps/1141543607_850215.html.
 27. **Singer, P.** (1999). Ética más allá de los límites de la especie. *Teorema* XVIII (3): 5-16.
 28. **The Cambridge Declaration on Consciousness** (2012). Disponible el 16/1/15 en: <http://fcmconference.org/img/CambridgeDeclarationOnConsciousness.pdf>.